

La Tentación nuclear

RAFAEL L. BARDAJI

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

CUANDO a mediados de los años 60 se negociaba el texto del Tratado de No Proliferación Nuclear, que un país llegara a convertirse en una potencia nuclear se veía como un proceso lento, técnicamente complejo y financieramente costoso. El articulado del propio TNP y las salvaguardas que se creaban para el control del material fisible por parte de la Agencia Internacional de la Energía Atómica podían, aparentemente, detectar con gran antelación la investigación nuclear con fines militares en cualquier país signatario.

De hecho, el mundo ha logrado vivir con una proliferación muy limitada, sólo los EE.UU., la URSS, Inglaterra, Francia y China adquirían paulatinamente capacidades bélicas nucleares, mientras que la India realizaba explosiones formales aunque engañosamente con fines pacíficos. Después, pocos países son sospechosos de poseer ingenios nucleares, Israel y Pakistán, aún cuando algunos más se han encontrado o se encuentran en los umbrales de la carrera nuclear, tales como Corea del Norte, Sudáfrica, Argentina, Brasil e Iraq.

Es más, en el último año se han dado pasos importantes que parecían alejar el espectro de la proliferación. Por un lado, Sudáfrica se adhería al régimen del TNP; por otro, Francia también anunciaba su firma del Tratado; a su vez, Argentina y Brasil conseguían un acuerdo por el que sometían a inspecciones mutuas sus instalaciones nucleares y rechazaban la idea de llegar a ser potencias nucleares regionales; finalmente, la derrota de Iraq en la guerra del Golfo y la imposición de la resolución 687 de las Naciones Unidas por la que se deben destruir todas las instalaciones de investigación y desarrollo de armas de destrucción masiva, aleja la posi-

bilidad de que Bagdad cuente a medio plazo con una bomba.

Paradójicamente, la tentación de proliferar lejos de disminuir no ha hecho sino volverse más patente en distintas zonas del globo. Es más, con la desintegración de la URSS y la debilidad endémica de la CEI, la posibilidad de que junto a la vía lenta a lo nuclear se abra una puerta a la adquisición rápida de conocimiento, componentes y armas, el fantasma de una proliferación súbita comienza a asustar.

LA TENTACION

A finales de octubre de 1991, las últimas unidades de la todavía flota soviética en el Mediterráneo (SOVMEDRON), escasas de combustible y recursos para su sostenimiento, se preparaban para abandonar sus instalaciones en Libia y retirarse a sus puertos en el mar Negro.

Poco antes de su partida desde el puerto de Tobruk, los almirantes soviéticos recibieron la inesperada visita del líder libio, Muammar el Gaddafi. No se trataba de una cordial visita de despedida. Aparentemente, según informes no confirmados de los que se ha hecho eco la prensa británica, Gaddafi intentó comprar un submarino de la clase Yanki, armado con misiles estratégicos, por el que se ofreció a los mandos soviéticos mil millones de dólares. Igualmente, realizaría otra oferta, ésta de 200 millones, por la adquisición de un submarino nuclear de ataque.

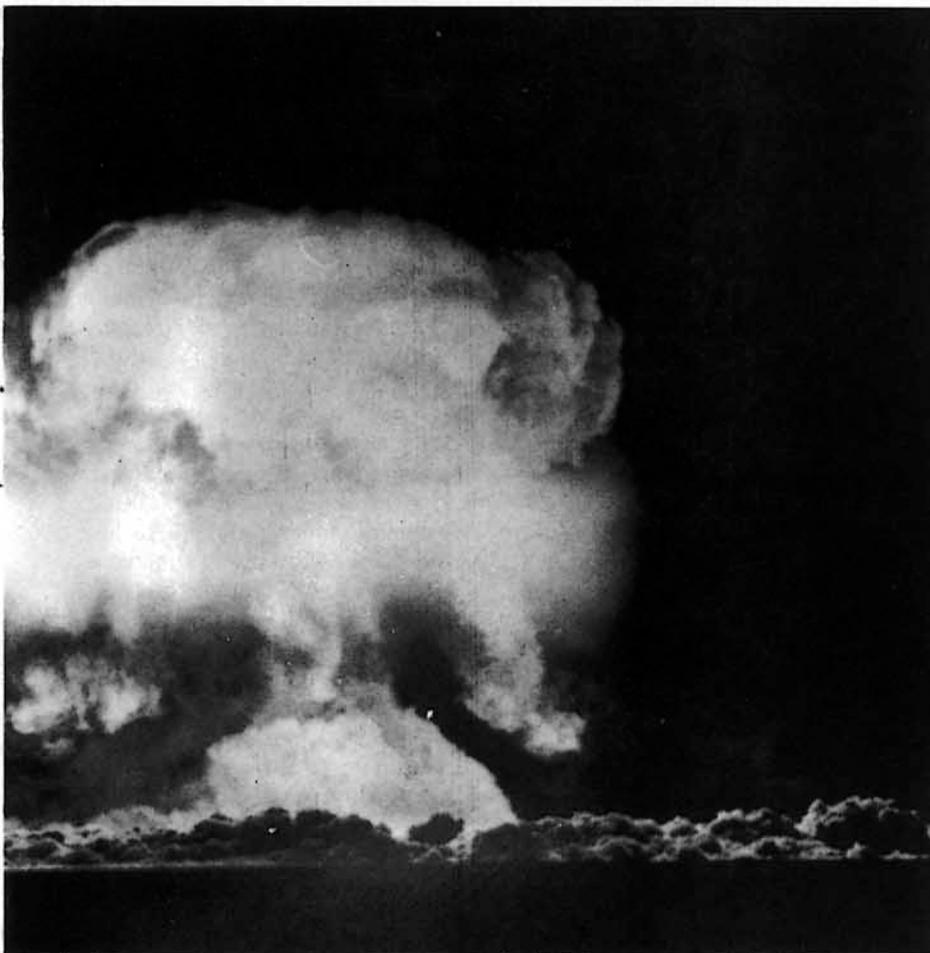
Por lo que sabemos, y por muy tentados que estuvieran, los oficiales de la 5ª Escuadra soviética declinaron gentilmente los ofrecimientos y pusieron todas sus naves rumbo a casa.

Sea exacto o no, la verdad es que la historia merece cierta atención, y no



sólo por Libia, de quien, al fin y al cabo, se conocen sus intentos ocultos de comprar cabezas nucleares a China desde mediados de los 70. Es importante, porque pone de relieve, por un lado, los fuertes deseos por parte de algunos de llegar a ser potencias nucleares y, por otro, que esa posibilidad puede realizarse de manera súbita. Arabia Saudí, justo tras la invasión iraquí de Kuwait, hizo gestiones -infructuosas- ante China para conseguir cabezas nucleares para sus misiles de largo alcance CSS-2, comprados a Pekín con anterioridad.

La guerra del Golfo parece tener un papel relevante en la nueva fiebre proliferadora, en las ambiciones nucleares. Es verdad, los ejércitos occidentales obtuvieron una clara superioridad humana, organizativa y de material frente a Iraq, pero de ahí los países árabes parecen haber sacado una conclusión muy distinta a la de los occidentales. Ciertamente, se han dado cuenta de que nunca podrán competir con los desarrollados en el terreno



del armamento convencional sofisticado, donde, a pesar del sostenido esfuerzo militar de los 80, todavía siguen a años luz de distancia. Es más, la crisis económica que padecen, vuelve imposible que puedan gastarse las crecientes sumas que exigen unas fuerzas convencionales modernas. Por lo tanto, si quieren evitar una derrota humillante como la infringida a Bagdad, les es necesario poseer unos medios que sí influyan en los occidentales porque tengan una gran capacidad de disuasión. Nada mejor que las armas de destrucción masiva y, en particular, las nucleares.

Desde el punto de vista estratégico occidental puede parecer absurdo, puesto que ni siquiera en lo nuclear podrían llegar a competir seriamente en los números. Sin embargo, que duda cabe de que la estrategia francesa del débil al fuerte sí tiene su sentido. Es más, tanto el presidente Bush como el presidente Mitterrand declararon públicamente durante la operación Tormenta del Desierto que nun-

ca utilizarían armas nucleares contra Iraq, ni siquiera como represalia por el uso de armas de destrucción masiva contra la coalición internacional. En segundo lugar, cuando se trata de armas nucleares, el balance militar no se debe medir por el simple equilibrio de fuerzas, sino más bien por una comparación de debilidades: ¿a quién disuade más una detonación nuclear en su suelo? ¿Quién está más dispuesto psicológicamente a vitrificar a la población de su enemigo? ¿Qué líderes cuentan con menos constreñimientos políticos para autorizar el uso nuclear?

El mundo avanzado es, en la práctica, un mundo post-nuclear. Como se decía, los arsenales nucleares existían para no ser usados. Igualmente, la perspectiva del desarme está siempre presente, sobre todo tras las ambiciosas propuestas del Presidente Bush en septiembre pasado. Es más, el papel del armamento nuclear, otrora signo de potencia y prestigio, pasa a contar cada vez menos en la reorde-

nación de las naciones en el nuevo orden internacional, donde en lugar de cabezas nucleares, se tiene en cuenta quién controla la deuda de quién.

Sin embargo, gran parte del hemisferio sur, los países del Tercer Mundo, viven todavía en un mundo pre-nuclear. Y como hemos visto sucintamente, las ambiciones nucleares vuelven las tentaciones irresistibles.

LA PROLIFERACION SUBITA

Dos son, al menos, las vías de proliferación súbita. En primer lugar, la aparición de nuevos estados nucleares, consecuencia de la desintegración de la débil CEI. Como se sabe, cuatro ex-repúblicas soviéticas guardan misiles nucleares estratégicos mientras que, al menos, otras cuatro más, también almacenan cabezas tácticas. Hasta ahora las armas nucleares, sobre todo en Ucrania, han sido usadas como parte importante de la negociación de las autoridades nacionales con las rusas y no parece que el gobierno ucraniano aspire a poseer capacidad nuclear estratégica en el futuro; distinto se presenta el caso de Kazajstan, donde sus autoridades no han denunciado la posesión de armas nucleares y cuyas ambiciones pueden ser fuertes.

La segunda vía también tiene que ver con la desintegración política primero de la URSS y, después de la CEI: la exportación de armas nucleares a terceros países. Desde luego, en las actuales condiciones y sin una mayor desintegración, parece difícil la venta de armas completas incluso tácticas. Más plausible resulta la posibilidad de venta de componentes y subcomponentes, empezando por sistemas de detonadores, mecanismos de armado de las cargas y, en último extremo, el material fisible.

En segundo lugar, la posibilidad de sustracciones de materiales fisibles de centrales nucleares, laboratorios y cadenas de producción de armas, es también alto. Como igualmente lo es todo el universo de subcomponentes necesarios para la fabricación de una cabeza de combate.

Por último, más allá de lo material, se encuentra el conocimiento huma-

no, los científicos nucleares soviéticos quienes pueden trabajar para otras potencias, tal y como voluntaria o forzosamente hicieron los científicos alemanes en la URSS y los EE.UU. tras la segunda guerra mundial. Rumores de fuga de cerebros a Libia e Irán se han sucedido en los últimos meses.

LA PROLIFERACION LENTA

Ahora bien, las naciones con ambiciones nucleares no pueden confiar solamente en la desintegración políti-

material enriquecido, plutonio y litio-6 (cuya única finalidad es la militar) desde sus plantas nucleares sometidas a inspecciones.

Es más, las nuevas tecnologías de reprocesado y enriquecimiento del material fisible volverán más compleja la detección de violaciones al NPT. Por un lado, los grandes complejos de reprocesado franceses, británicos y japoneses permiten una producción diaria de plutonio muy superior a la actual y, en consecuencia, acortando los plazos para la consecución de los 6 u 8 kilos necesarios pa-

con capacidades bélicas nucleares y está dispuesto a invertir su dinero y esfuerzos en ello, puede hacerlo. Independientemente de ser signatario o no del TNP. La proliferación opaca es un hecho y ante ella, las salvaguardas del TNP y de la AIEA de poco sirven.

En 1995 se celebrará una nueva conferencia de revisión del Tratado de No Proliferación, quizá sea ese el momento de cuestionar a fondo sus mecanismos y ajustarlos a los nuevos retos de la proliferación.

Para empezar, cabría hacer extensiva la resolución 687 de Naciones Unidas sobre Iraq, por la que los inspectores de la AIEA han contado con el apoyo y la autoridad del Consejo de Seguridad. Se les ha facilitado información detallada sobre el emplazamiento de las instalaciones a inspeccionar y, muy especialmente, se les ha autorizado a realizar inspecciones sin límite y restricciones. Obviamente, mientras un país tenga el derecho a someter a inspecciones de la AIEA solo una parte de sus instalaciones y/o de material, la posibilidad de que haya otros centros trabajando en la obtención de un ingenio bélico no puede descartarse.

De ahí que una buena medida a discutir, ahora que la UEO va a dotarse de su centro de reconocimiento por satélite, sea la posibilidad de que las salvaguardas del TNP incluyan algún mecanismo de coordinación de inteligencia y vigilancia desde el espacio para la detección de instalaciones y centros no declarados, así como la monitorización de los conocidos. Baste recordar que el mundo occidental supo de la instalación argelina no por Argel o Pekín (de donde Argelia obtiene la ayuda técnica), sino por los EE.UU. y las fotografías de sus satélites.

En fin, es evidente que algún tipo de medida política se impone para "persuadir" a los tentados proliferadores de que esa es una vía que no puede conducir más que al desastre. ¿Quién se encontraría seguro en la región si una mañana descubriéramos que Libia o Argelia cuentan con la bomba atómica? La nuclearidad no es el mejor estadio para los pre-nucleares. ■



En 1995 se celebrará una nueva conferencia de revisión del tratado de No Proliferación.

ca de la ex-URSS para satisfacer sus deseos, por rápido y económico que pueda resultar. Deben guardarse desarrollando sus propios programas. La experiencia iraquí es paradigmática.

En primer lugar, Iraq era un país signatario del TNP y que aceptaba las inspecciones regulares de la AIEA que nunca encontraron nada sospechoso. Y sin embargo, Sadam Husein se dedicaba secretamente a perseguir por varios métodos el material necesario para una bomba nuclear.

Para ello, utilizó tecnologías convencionales -consideradas obsoletas por muchos-, no específicamente para la producción de plutonio y cuyos componentes mecánicos se encuentran al margen de restricciones internacionales, tal como los utilizados en la separación electromagnética de isótopos. Igualmente, fue capaz de ocultar a la AIEA la producción de

ra una bomba. Por otro, los procedimientos de separación de isótopos por láser y centrifugas permiten reducir sustancialmente la energía inicial del proceso y, por ende, reducir la talla de las instalaciones, dificultando su localización o su designación.

En la actualidad, la planta de investigación nuclear situada a 200 kilómetros al sur de Argel, en Ain Oussera, cuenta con una potencia declarada de 15 megavatios aunque las fotografías por satélite llevan a pensar que por su tamaño, el rendimiento puede ser, en realidad, el doble. En un futuro no muy lejano, ese método de detección y corrección no podrá usarse de la misma manera.

REVISAR EL TNP

Parece claro que, con los actuales controles, si un país quiere hacerse